

EN EL HOMENAJE A RAMÓN MARTÍNEZ OCARANZA

Por Enrique González Rojo.

Las tres exigencias formuladas por Gracián para llegar a ser buen escritor –hablar primero con los muertos, luego con los vivos y después consigo mismo– fueron cumplidas con creces por Ramón Martínez Ocaranza. Leer, conversar, meditar...son, en efecto, tres momentos necesarios –aunque no suficientes-, indispensables –aunque no obligatoriamente sucesivos– para mantener buenas relaciones con Apolo y Dionisos, tutearse con las musas y robarle secretos al mismísimo Cielo. Martínez Ocaranza, apasionadamente, hizo suyas las tres exigencias, pero no de manera artificial y mecánica, sino de modo natural y más o menos simultáneo: en su querida Morelia –a la que se entregó “en unos cuantos/ teoremas de ternura”, como lo dice en alguna ocasión-, se pasaba las horas leyendo, o leyéndose, a los grandes escritores (Cervantes, Shakespeare, San

Juan de la Cruz, Dostoievsky, Ezra Pound, etc.), se dirigía a continuación a los Portales, departía con todo el mundo, se convertía en manantial de ocurrencias, vertedero de citas, chisporroteo de bromas. Y fatigado con este intercambio de palabras con los vivos –alumnos, maestros, autoridades, pueblo en general-, algunos de ellos claros especímenes de la mediocridad, se refugiaba en la soledad y el soliloquio donde las funciones definitorias de su vocación –el vaticinio, asociado al vate, y la poesis, o creación, asociada al poeta- hallaban su ámbito apropiado e insustituible de realización.

No me cabe la menor duda de que, entonces, en el habitáculo de ese instante especial, Ramón, como el Dr. Jekyll, tomó en algún momento una poción enigmática y portentosa que lo desdobló en dos personalidades distintas y hasta contrapuestas: el hombre común y el poeta como jaula del demonio. Por un lado, el esposo, padre, maestro y, por el otro, el rapsoda que trae en hombros el escándalo, la patología del ser, la colección de llagas más impresionante en lo que va de la poesía mexicana. El bromista, el “alma de los Portales”, el

profesor que todos ven en la calle y saludan con afecto y referencia, el militante comprometido con las mejores causas –lo que le vale la cárcel pero le permite escribir los sonetos del *Otoño encarcelado*- y el poeta-profeta que, superando el estereotipo del poeta maldito, mascullaba su mensaje de paradojas endiabladas y las iba estampando con su pluma fuente en hojas, cuadernos, volantes. Este energúmeno metafísico que nuestro poeta cargaba en las entrañas, huía, como el bautista, a esconderse de los demás –y en especial de los aficionados a pergeñar poemas- en el desierto de su privacidad, donde acabó por descubrir que las imprecaciones, las blasfemias, los arrebatos convenían más a su estro que la oda, la balada y toda la música de salón que en buena medida impera en la poesía habitual de nuestra patria.

En este, llamémosle así, ensimismamiento poético, Martínez Ocaranza no sólo se separa de la mediocridad ambiente que lo envolvía y sofocaba, sino de la poesía mexicana en su conjunto. Por eso hay que decir, y decirlo con toda contundencia, que Ramón Martínez Ocaranza es un poeta inconfundible y único. Un poeta que, en su

etapa más personal, no pareciéndose a nadie, asume su originalidad indiscutible del modo más espontáneo y natural y no, a semejanza de otros, como un deliberado recurso “rupturista” para hacerse de una supuesta personalidad que los dioses griegos o nahuas o purépechas no quisieron otorgarle.

Aunque la mayor parte de los críticos no ven esto – su miopía de siempre colinda con la ceguera- Ramón le ha dado un vuelco a la poesía mexicana. Al tono crepuscular del modernismo, al nacionalismo rampante y la sensualidad culpígena de López Velarde, a la relojería metafísica de los Contemporáneos, a la poesía encabalgada surrealístamente en sí misma de Paz, a la virulencia ingeniosa y apasionada de Huerta o a la sensiblería sublimada de Sábines, para no hablar sino de algunos de los concentrados líricos de la poesía mexicana del pasado siglo, él opone su visión apocalíptica, enigmática, pujante, desesperada, en que “los amarillos se vuelven grises”, como dice ya en su poema a Cuauhtémoc de la *Alegoría de México*.

Martínez Ocaranza es un poeta en incesante búsqueda de sí mismo. Su voz, su verdadera voz, no la encontró sino tardíamente. Desde muy joven dio muestras evidentes de capacidad lírica y astucia verbal; pero la domesticación de las influencias y el hallazgo de la forma en que su interioridad atormentada podía expresarse, no estaba a la vuelta de la esquina, sino en el lento proceso de maduración que le llevó toda la vida. Para darle sustento a esta apreciación, conviene hablar de dos etapas en la creación poética de nuestro poeta y una fase intermedia entre la primera y la segunda. La etapa inicial comprende seis libros o plaquetas, de diferente tamaño y carácter: *Al pan pan y al vino vino* (1943), *Avido amor* (1944), *Preludio de la muerte enemiga* (1946), *Muros de soledad* (1951), *De la vida encantada* (1952) y *Río de llanto* (1955). Ramón aparece aquí dueño ya de un oficio, con la habilidad del artesano y la inspiración de un joven, con inquietudes existenciales y sensibilidad social, enamorado de la vida. Es un joven poeta nada desdeñable, con momentos lúcidos e imágenes estupendas; pero más que nada es una promesa, un

creador inconforme con lo realizado y a la busca impetuosa del siguiente peldaño. La fase intermedia se halla conformada por dos libros significativos: *Alegoría de México* (1959) y *Otoño encarcelado* (1967). Aquí Martínez Ocaranza da un paso adelante. Afina las cuerdas de su lira y el notorio adiestramiento de su pluma le permite adentrarse, con astucia y sabiduría, en temas tan difíciles como el poema patriótico y los poemas –sonetos en este caso- que aluden a la intimidad de un poeta encarcelado con todo y poesía. Ramón Martínez Ocaranza se devela ahora, sobre todo en los poemas dedicados a “Cuauhtémoc”, “Morelos”, “Juárez” y “Zapata” de la *Alegoría de México*, no sólo como un buen portalaras –para decirlo con la terminología de entonces-, sino como un excelente poeta. En estos poemas, épicos en su trazo general y líricos en el detalle, Ramón tiene el buen cálculo, la maestría de no dejarse llevar por la retórica del poema de ocasión o la estrechez de miras, chapucera y dogmática, del realismo socialista en boga. La última etapa comprende los siguientes libros: *Elegía de los triángulos* (1974), *Elegías en la muerte de Pablo*

Neruda (1977), Patología del ser (1981), La edad del tiempo (1984) y Vocación de Job (1992). En esta última etapa, Ramón llega finalmente a la cumbre de su intento: *decir lo que tenía que decir con su muy personal manera de decirlo.* Nuestro poeta, que durante toda su vida fue, como dije, el buscador de su palabra, el escudriñador del decir que lo dijese o el gambusino de la suerte de poesía reclamada por el turbión de su sangre, dio finalmente con su voz. Ya no sólo es el buen poeta de la etapa inicial, ni el excelente poeta que le sucede, sino el gran poeta que estamos celebrando.

No es este el sitio, ni tengo el tiempo necesario, para examinar, con la profundidad, el cuidado y el amor que se merece, el legado poético del último Ramón. Ya en años anteriores, he intentado acercarme a una hermenéutica de nuestro lírico en un texto denominado *La patología del ser en Martínez Ocaranza* publicado en varias revistas. Ahora sólo quiero señalar, y con esto termino, que deseo de todo corazón que la consecuencia esencial de la serie de homenajes al gran poeta michoacano que se inicia con el presente acto, traiga, por

fin, el reconocimiento, la apreciación, la lectura, el estudio, la publicación cuidadosa y crítica de sus Obras Completas, la rectificación de la crítica cegatona y la elevación de Ramón Martínez Ocaranza al lugar señero que en la historia de la poesía mexicana le corresponde. Gracias.

México, D.F. a 9 de abril de 2005.